

# Editorial

La relación entre las culturas populares y la llamada alta cultura, aunque se propongan como objetos contruidos desde el exclusivo ámbito académico, estarán siempre portando una significación política. Más allá de la complejidad de los análisis, en estos casos, se suele dar sentido fuerte a alguno de los elementos que permitan una marcada diferenciación con otra posición. Ya sea atribuyendo una significación positiva a lo popular en sí mismo o quizá reivindicando aquellos objetos estéticos sofisticados que suponen un procesamiento productivo de lo popular o bien que no sostienen sentidos antipopulares; ya sea descalificando aquellos objetos (estéticos, teóricos, políticos) en los que se cree encontrar (en el mejor de los casos) una desproblematización de la subalternidad.

En las sociedades duales en las que la desigualdad social y cultural se asienta sobre una estabilidad de largo tiempo, la probabilidad de que los grupos privilegiados "naturalicen" su relación con diferentes bienes prestigiosos de la alta cultura (sin subestimar las formas sutiles que pueden asumir) es alta. Allí los elegidos lo son casi irremediabilmente por la rutinaria reproducción de la estructura social y entonces se refuerza algo que no necesariamente asumirá formas explícitas públicas en las sociedades occidentales y es la constatación de la superioridad social y cultural asumida como tal por la fuerza de los hechos históricos que confirman esas posiciones. En las sociedades de agresiva movilidad social ascendente como fue la argentina durante todo el siglo XX esas posibilidades de lecturas naturalizadoras de las posiciones propias parece truncarse. No sólo por la temprana difusión en amplias franjas de la población de elementos igualitarios, sino porque, como es obvio en estos movimientos, las posiciones privilegiadas son conquistadas, no heredadas. En los árboles genealógicos, aun en aquellos que se constituyeron como nuevo sector alto entre

1890 y el Centenario, el aventurero pobre, inculto y muchas veces iletrado, está demasiado cerca. No obstante, como es posible verificar en una abundante literatura sociológica, los gestos diferenciadores de los recién llegados asumen formas agresivas y se valen de todos los recursos posibles, ya que la estrategia es la defensa de la fortaleza conquistada. Y entonces los gestos, las prácticas, la manera en que las visiones del mundo se actualizan en el hacer de la vida cotidiana, no refieren a una naturalización tranquila, sino a formas que reivindican el triunfo de los mejores en la lucha por la vida.

La combinación entre los elementos igualitarios difuminados por la estructura social y los gestos de defensa de la fortaleza conquistada propios de esta sociedad de movilidad ascendente, tienen diferentes formas de expresión política explícita en el mundo de la alta cultura. Por supuesto, la reafirmación de gestos elitistas oponiendo lo distinguido a lo vulgar en el sentido más literal, aunque también en este tipo de sociedades se dan casos en los que los grupos que ascienden culturalmente reivindicando objetos y prácticas descalificados por el elitismo de los recién llegados anteriores, al lograr una posición relativamente legítima, cristalizan los objetos que tuvieron alguna revulsividad y se convierten en relatores de una nueva doxa, acomodándose sin tensiones en la posición de genialidad que enviaron a los consagrados en los primeros tramos de su carrera

No obstante, si como sostiene un conocido intelectual italiano, las maneras más profundas de diferenciar entre pensamientos de derechas y de izquierdas es imaginar, en el primer caso una visión del mundo que supone las relaciones sociales y sus productos (también los humanos) como relativamente naturalizados y entonces también las relaciones que se entablan con bienes privilegiados de la alta cultura, y en el segundo, otra visión que piensa esas mismas relaciones y lo generado por ellas como producto histórico cultural y el lazo, entonces de los grupos privilegiados con algunos bienes escasos como resultado de la laboriosidad y/o de la herencia, es posible pensar en reclasificaciones drásticas en el mundo cultural. Por encima de las retóricas, de las banderas evidentes que reafirman posiciones estéticas e ideológicas, distintas o radicalmente diferentes, existen gestos, prácticas, murmullos que circulan por amplísimas franjas del mundo de la alta cultura, en las que la naturalización de la capacidad de los productores culturales, asociándolas a la noción romántica de genialidad, tornan en sentido común implícito con gran fuerza cultural. Las reclasificaciones que adoptan esta vía de entrada, provocarían una saturación del primer espacio mencionado.

Así entre los extremos del populismo y miserabilismo, los análisis más clásicos dan cuenta de circularidades y las preguntas que qui-

zás adquirieran mayor productividad son aquellas que se preguntan por las específicas formas que asumen en cada sociedad en un momento histórico determinado, las apropiaciones, los rechazos, el reprocesamiento, la incorporación sutil y disimulada, de algunos elementos de un espacio por otro.

Supe relatar a los alumnos de sociología algunos aspectos del cuento "Aballay", de Antonio Di Benedetto, cometiendo la herejía del resumen, para dar vueltas sobre estos problemas.

Aballay procesa singularmente un discurso o sermón que escucha de un cura en una capilla de la campaña. En el sermón de la tarde en la fiesta de la virgen el cura dice algo sobre unos santones que se montan a una pilastra: los estilitas, una forma peculiar de los anacoretas.

El pecado se paga, en ese tiempo del relato, de distintas maneras de acuerdo al sector social y de acuerdo a la circunstancia. Un señorito de la época o se habría presentado a las autoridades, o habría relatado lo acontecido en confesión. Quizás en caso extremo se hubiese hecho monje.

Este gaucho había matado y ese quizá no era el pecado, ni mucho menos. La muerte en pelea era cosa aceptada y quizás hasta confería cierta honorabilidad. Pero en este caso había matado en presencia del hijo del hombre. Y era esa mirada infantil la que lo atormentaba. La ley, que no prestaba demasiada atención a esas cuestiones, podía redimir a un hombre frente a la sociedad pagando sus culpas en la prisión. Pero esto es otra cosa y en el pensamiento del hombre la ley no redimía nada.

El cura había pronunciado ese sermón en el que mencionó a los estilitas con la superficialidad de la costumbre, burocráticamente si se quiere. Y no pudo menos que asombrarse cuando uno de los bárbaros se acercó a consultarle primero con prudencia y luego insistentemente sobre las características de los estilitas, sobre el tipo de pecado que expiaban, sobre cuestiones que podíamos llamar operativas: cómo hacían lo que hacían.

Los estilitas montaban a una columna y no se bajaban más para expiar sus culpas, para estar más cerca de dios. El gaucho luego de reconocer esa forma como una expiación acorde con lo terrible de la falta, imaginó diversos estilos posibles de emularlos. No habría de encontrar columnas en esos llanos y descartó los árboles por seguridad. Encontró al fin en el caballo el lugar ideal. Con dos caballos no descendería más al suelo y podía dejar claro ante Dios que no ignoraba y sabía cómo pagar la falta cometida. Así fue que decidió montar a un caballo y no bajarse más. Y por aquellos que lo vieron y por las mentas que acerca de él fueron creciendo y ramificándose se transformó en un mito para la región. Por lo misterioso, inexplicable.

No son extraños los tipo de análisis que explican minuciosamente el sermón del cura y derivan en construcciones de supuestos en base a él, sobre el significado que tiene para los fieles y las prácticas y comportamientos que influencia. Eso se comprende sin haber observado, sin registrar prácticas, gestos, palabras, sin reflexionar sobre las tradiciones presentes en la cultura local, con algunos indicadores supuestamente duros como escaso fundamento.

En este tipo de relaciones que son efectivamente complejas, las ciencias sociales han intentado resoluciones "desde arriba", con prejuicios positivos o negativos sobre "los dominados". Esta omisión puede deberse a muchas causas, pero hay por lo menos dos que aunque simplificadoras, tienen presencia real quizá bajo formas más sutiles que las que aquí se mencionarán: a) una construcción reduccionista de lo popular que siempre mira a lo popular desde arriba: ya sea para construir un sujeto manipulable, ya para pensar uno resistente, o el populismo sofisticado más reciente que saluda la mera existencia de la identidad relativamente homogénea; b) la ausencia de una verdadera tradición de etnografía urbana que efectivamente indague acerca de lo que los distintos sectores sociales hacen con la TV, con la política, o con otras cosas.

Y estas dos cuestiones están relacionadas. Por supuesto que es obvio que simplemente los pies en la tierra no explican mejor la tierra y que el etnocentrismo de clase ha producido con esta experiencia artefactos costumbristas de distinto signo ideológico. Sin embargo, una mirada crítica que no haga sucumbir la teoría ante el descubrimiento ingenuo del otro puede decir muchas cosas. Puede superar las hipótesis generales de las versiones superestructurales cargadas de prejuicios, puede vitalizar o desechar categorías que son usadas en sentido laxo. Qué se juega, qué pasa, entonces, en esa relación social compleja, asimétrica. Una relación entre un sacerdote y sus fieles puede organizar hipótesis generales sobre lo que allí se intercambia, sobre comportamientos. Y así es. Pero, ¿se explica algo de una cultura de un grupo social, sólo con supuestos generales cuando esos supuestos generales están confirmados apenas por lejanos y extraños indicadores, cuando no por la sofisticación de discursos de sentido común? Los Aballay, así, aparecen montados permanentemente a sus caballos y la ausencia de imaginación sociológica construye centauros invencibles o agentes portadores de una pobre racionalidad.

Las ciencias sociales en Argentina, desde los primeros años de la década de 1960 en adelante, han peleado con estos problemas de la mejor manera. No han entablado una relación tranquila y burocrática con la agenda académica. La tensión entre el mundo cultural amplio, el mundo académico y el mundo político, ha resultado en los

mejores casos en la elaboración de preguntas más o menos complejas, pero siempre alumbradas por un sentido político. ¿Cuáles son los grandes problemas de la sociedad?, podía ser la englobadora de todas ellas. Esta particular y flexible forma institucional generó más que académicos profesionales, intelectuales implicados políticamente. Esas implicaciones estuvieron en los momentos de mayor revulsividad político-cultural, pero también en los últimos veinte años. Las preguntas en el contexto de apertura democrática por cuestiones trascendentes continuaron surgiendo de la pluma de nuestros grandes intelectuales. Las preguntas por la cultura de masas, las culturas populares y la alta cultura se continuaron formulando de manera burocrática y tranquila en el profesionalismo académico restringido, aunque también se reinventaron con vitalidad y en un contexto de desconcierto, de la mano de lo mejor de nuestros académicos, que fueron y son, sobre todo, intelectuales. Hombres y mujeres preocupados fundamentalmente por explicar la propia sociedad, que despliegan sus saberes en función de una actitud que es de responsabilidad pública. El número de esta revista está dedicado a la memoria de Oscar Landi, no sólo porque se haya ocupado con pasión de algunas cuestiones que aquí se intentan plantear, tampoco porque existan coincidencias con su manera de construir este tipo de objetos culturales, sino porque se reivindica una manera vital de pararse frente al conocimiento que forma parte irremediable de nuestras tradiciones más productivas. Esa manera vital de relacionarse con el conocimiento acompañó al joven y brillante orador de la Facultad de Filosofía y Letras, al intelectual preocupado por la dimensión cultural de la democracia, del peronismo aggiornado, y también al nihilista que quiso alterar las buenas maneras académicas, no analizando, sino simplemente celebrando la existencia de algunos artefactos humorísticos de la cultura de masas. Este homenaje, además del reconocimiento a la historia intelectual del compañero, quiere ser, en un contexto de valorización del credencialismo pacato, también una toma de posición. Una elección sobre los caminos que se quieren transitar. Y entonces supone relacionarse, no con una figura cristalizada, sino con una referencia activa que trabaja irremediablemente sobre el presente.